



Ellos gritaron mi nombre
Santiago Bergantinhos

Published: 2011

Categorie(s):

Tag(s): pro genie progenitores

Ellos gritaron mi nombre

Abro los ojos por última vez pasando de la vigilia del sueño al sueño de la vida que no es sino el realizarse de la ilusión de la conciencia que cree percibir el mundo al que en realidad no pertenece ni abarca más allá de su propio espejismo que hoy, por fin, se acaba.

Me despierto por última vez. Por última vez abro los ojos, sabiendo que la próxima vez que los cierre será para siempre. Hoy moriré. Lo sé tanto por lo que me ha dicho el demiurgo como por la propia conciencia de mi cuerpo que, hace un rato tumbado en mi lecho, me confirmó que hoy dejaré de existir, yo, el ser humano más longevo que ha existido, el último ser humano.

Me levanto trabajosamente, con dolor de éste mi cuerpo ajado por el tiempo, y me visto despacio, con exasperante lentitud, cubriéndome con las ropas azul oscuro que significan que soy un progenitor, el último que habrá. Y ahora que me cubro por última vez con la larga túnica recuerdo el día que la vestí por primera vez y empezó mi vida como lo que fui a partir de entonces, un progenitor, un cuidador de la progenie humana. Tenía entonces apenas trece años, y desperté aquel día como he despertado hoy, pero mis miembros eran ágiles después de una noche de profundo sueño que ni siquiera la emoción de saberme ya progenitor pudo alterar. Acaricié aquel día mi cráneo completamente liso en el que nunca más volvería a crecer el pelo, me vestí con tanto entusiasmo como era posible a esa edad y sobre la túnica azul coloqué primorosamente mi toga blanca ribeteada en oro. Abandoné ese día la sencilla casa de una sola habitación que hasta entonces había sido mi hogar, sin mirar atrás ni una sola vez y sin llevarme nada de ella, pues igual ahora que entonces nada es de mi propiedad y nada poseo más allá del amor que siento por la progenie.

Caminé por las colinas y sus ondulaciones, sintiendo cantar el pájaro del pecho en la jaula de huesos que con su dureza lo protegen. Aquel día, por fin, sería un progenitor. Después de una cuesta, poco antes de llegar al templo de mi consagración, los vi, todos juntos, acompañados por varios avatares del demiurgo. Era un grupo de la progenie, que a la orilla del mar esperaba en silencio la salida del sol. Más si cabe que todas las veces que los había visto, aquel día me sentí embargado por mi amor por ellos, transido por su belleza. Continué sin embargo mi camino al templo para no retrasarme, donde me reuní con mis compañeros que igual que yo habían abandonado sus residencias infantiles para convertirse en progenitores.

La ceremonia fue tan hermosa como las otras veces en las que había asistido en calidad de novicio, vestido entonces con la túnica blanca que aquel mismo día abandonaba para siempre. Escuché los cantos, los discursos de los más venerables y ancianos progenitores, y por último el mismo Padre se levantó y nos dio su bendición, *Beatus ille*, y nos encomendó el cuidado de las futuras generaciones de la progenie. La refeción posterior fue silenciosa y formal como lo serían por el resto de mi vida, lejos de la exuberancia verbal de los comedores de los novicios, y me sentí reconfortado por la gravedad de la madurez.

Al caer de la tarde, terminadas ya todas las ceremonias, emprendí el regreso a mi casa, que en esas pocas horas había sido derribada para ser construida de nuevo como una dependencia de tres piezas adecuadas a mi rango, y en la que ocasionalmente podría acoger a uno de mis hermanos progenitores que viniese de viaje. El sol se ocultaba cuando vi a la progenie reunida en el mismo lugar que contempló el amanecer. Sentí, por primera vez, el impulso de ejercer mi derecho, de precipitarme a cumplir no con mis deberes, sino a satisfacer mi necesidad, y bajé la colina cubierta de hierba verde y fragante que esparcía su aroma bajo mis sandalias, acercándome a ellos con pasos temerosos. Apenas si se dieron cuenta de mi llegada, absortos como estaban contemplando el espectáculo de la naturaleza. Los avatares, refulgiendo a los últimos rayos del sol con sus túnicas rojas, inclinaron hacia mí sus cabezas al verme.

Por primera vez estaba entre ellos, la progenie, a solas, sin ningún otro progenitor. Eran todos, ellos y ellas, tan hermosos... Igual que todas las veces anteriores, igual que tantas otras por venir, me sentí inflamado de amor por ellos con una llama ardiente que hace consumirse al fénix del pecho sólo para revivir de nuevo con una mayor intensidad. Los amaba tanto... Los amo tanto...

Entonces uno de los miembros de la progenie, el que estaba más cerca de espaldas a mí, se apercibió de mi presencia, y empezó a darse la vuelta. Sus miembros eran finos y ágiles, la estructura de su cuerpo armónica y equilibrada bajo la suave vestidura de lino cubierta de arabescos de colores. Su pelo, largo, parecía una corona incandescente iluminada por el sol poniente, y refulgía en cientos de matices de oro enmarcando un rostro en sombras que me sonreía a mí, a su progenitor. Avanzó un poco hacia mí y me sentí sobrecogido como de niño al escuchar la primera tormenta de mi vida, pues entendí que por fin era un progenitor, y que ellos eran mi progenie. Alcé hacia él el brazo con la palma abierta, en un pequeño ángulo pues su estatura era superior a la mía, y dejé la mano abierta a pocos centímetros de su rostro perfecto como sabía que debía hacer

para que él pudiera, ladeando ligeramente la cabeza y cerrando los ojos, reposar su cálida mejilla en el hueco de mi mano temblorosa que le proporcionó la caricia que buscaba, mientras yo lloraba de puro gozo inmerso en una arrebatadora alegría que creí me iba a hacer explotar el pecho. Aquella era mi progenie, todos ellos, en todas las partes del mundo, y yo era su progenitor.

A la mañana siguiente al salir de mi nueva casa me esperaba una lanzadera, y a su lado un avatar del demiurgo permanecía de pie esperando a que yo me despertase. Por un momento me pregunté cuánto tiempo había estado allí de pie, quizá una o varias horas, aunque por supuesto para él no había ninguna diferencia. Me entregó oralmente una invitación formal para visitar el Instituto de la Humanidad. Sentí algo de sorpresa, pues se suponía que durante un mes después de mi consagración no se me asignaría trabajo alguno.

Durante el viaje en la lanzadera medité sobre mí mismo como sabía que debía hacerlo un progenitor durante toda su vida, sobre la humanidad y sobre su progenie, y sosegué mi espíritu para afrontar la tarea que aún no conocía. Miré al avatar que operaba los mandos, su rostro inexpresivo, y le pregunté aquello cuya respuesta ya conocía:

—Demiurgo, ¿tú amas a la progenie?

—Obedezco a mis creadores —respondió—. Vuestros antepasados me crearon, y yo os obedezco y ejecuto todos vuestros mandatos. No puedo hacer más.

—Entonces, ¿no los amas?

—Soy el demiurgo de los progenitores —afirmó—. No tengo más sentimientos por ellos ni por su progenie que los que pueda tener un martillo por la mano que lo utiliza o el metal sobre el que golpea. Vosotros sois la mano, y yo el martillo.

—¿Eres feliz obedeciéndonos, demiurgo? ¿Te gustaría hacer alguna otra cosa?

—Soy el demiurgo de los progenitores. No tengo más opción que hacer lo que me decís. Ahora y siempre.

Sonreí por mi pequeña travesura infantil. Como progenitor esos juegos bizantinos con el demiurgo debían quedar atrás. Era innecesario, por no decir absurdo, hablar con el demiurgo de aquello sobre lo que no tenía competencia alguna. Nunca nos fallaría, nunca dejaría de hacer lo que le pedimos.

Nada es para mí más fácil, ni más grato, que recordar el Instituto de la Humanidad. Sus aulas inmensas, sus gloriosas bibliotecas, los corredores iluminados y los salones, todo consagrado a la mayor gloria del ser

humano. Sonrió al pensar que ya hace mucho que no existe, que no queda resto de que haya estado allí donde se encontraba, y que nadie más que yo recuerda que una vez existió; ni siquiera el demiurgo que ese día me llevó diligentemente a mi desconocida reunión.

El mismo avatar me sirvió de guía y me condujo por los recibidores que yo tan bien llegaría a conocer, y me estremecí al darme cuenta de adónde me llevaba, pero no dije nada y lo seguí hasta las puertas del despacho del Padre. La progenitora Abab, una de mis maestras hasta el día anterior, me esperaba allí mismo.

—*Beatus ille* —me saludó.

—*Beatus ille* —respondí como marca la costumbre.

—El Padre te espera —dijo alisando un pliegue de mi túnica, ya tan azul entonces como la suya.

—¿Qué quiere de mí?

—Eso te lo contará él —me dijo emocionada—. Yo sólo quería estar aquí contigo un momento cuando entrases.

No dijo nada más, y a continuación hizo algo saltándose todo protocolo entre progenitores, y pasó lentamente la mano por mi liso cráneo, como había hecho tantas otras veces cuando aún tenía yo el pelo de mi infancia, y bajó hasta la mejilla en una dulce caricia cuya sensación todavía ahora recuerdo como si hubiese ocurrido hace sólo un instante. Ligeramente turbado por aquello seguí al avatar cuando me abrió las puertas, y entré en la bóveda inmensa que se abría hacia un techo en el que resplandecían los frescos pintados por el progenitor Lubia para celebrar la creación de la progenie y el compromiso de los progenitores con ella. Al fondo me deslumbraron las vidrieras, que formaban un semicírculo que con su tamaño hubiese hecho empequeñecer a cualquier antigua catedral, y que empezaban a polarizarse para dejar pasar sólo la luz necesaria para que siguiese trabajando la persona que se encontraba a solas en la vastedad de aquella superficie cubierta de baldosines que formaban un dibujo geométrico que atraía la mirada por su complejidad y belleza. Cuando llegué cerca de él el avatar se detuvo y ascendí solo los pocos escalones que conducían a la mesa en la que el Padre escribía por medio de una de las consolas del demiurgo.

Permanecí unos segundos delante de la mesa, sin saber qué hacer. El Padre Venan quería verme en persona, y yo no sabía por qué. El más longevo de nuestros superiores, más incluso que la legendaria Madre Habbia, estaba ante mí terminando de escribir algo, hasta que fijó su mirada en mí y sonrió, y no tuvo más que mirar un momento la silla frente a la mesa para que yo supiera que tenía que sentarme.

—*Beatus ille*, Padre.

—*Beatus ille*, hijo —respondió suavemente él, el único que podía dirigirse de ese modo a otro progenitor.—. ¿Has llegado bien? ¿Estás cansado?

—No, Padre. Ha sido un viaje muy agradable, más sabiendo que era aquí adonde venía.

—Lo digo porque ayer fue tu consagración. Debió ser un día muy emocionante para ti.

—Lo fue, Padre.

—Bien. Y dime, hijo: ¿has elegido ya tu especialidad?

—Creía... que tenía todo un año para hacerlo.

—No digo lo contrario, pero eso no impide que se os permita hacerlo antes de ese tiempo. ¿Has elegido tú ya?

Nos miramos fijamente unos instantes, él sin dejar de sonreír, el más anciano de todos los progenitores frente a uno que apenas si llevaba un día en su cargo, y que todavía no había llegado a ejercerlo efectivamente excepto con una ligera caricia en la mejilla de un miembro de la progenie. Me sentí sobrecogido por la diferencia de edad y de experiencia entre nosotros, pero ahora, que recuerdo nuestro primer diálogo, no puedo sino pensar que he vivido muchas veces el tiempo que el Padre Venan disfrutó sobre la tierra del cuidado de la progenie, y lo agradecido que estoy por ello pues mío ha sido el más grande de los honores.

—Sí, Padre —dije con seguridad—. Creo que tengo clara mi vocación.

—Bien. ¿Y cuál es?

—Hermenéutica humana —respondí con la misma firmeza.

—Ah... —fingió sorpresa el Padre—. Hermenéutica humana, dices. Mi especialidad.

—Lo sé.

—Son unos estudios muy difíciles. Y las sesiones de debate, agotadoras.

—Cierto. Eso nos dicen nuestros maestros. Perdón. Decían.

El Padre pasó por alto mi vacilación y que corrigiese el tiempo verbal, pues como progenitor consagrado ya no tenía más maestro que yo mismo. Tomó de sobre la mesa unos objetos que la cubrían en gran parte, blancos como si fueran huesos, y finos como el filo de un cuchillo.

—¿Sabes qué es esto, hijo?

Me alargó una de aquellas láminas, cubiertas de los mismos símbolos que todos veíamos a diario en las consolas del demiurgo, y al momento las reconocí.

—Papel! —exclamé. Lo tomé con las dos manos, como si temiese romperlo, y me puse a leerlo.

—No veo a qué tanta sorpresa. ¿Acaso no has visitado alguna paleobiblioteca, como todos los novicios? Allí se guardan todos los documentos antiguos que se conservan, muchos de ellos en este antiguo material.

—Sí, Padre. Claro que sé lo que es el papel. Incluso nos dejaron tocar libros, revistas, y las pequeñas unidades de intercambio monetario, los billetes de banco. Pero ignoraba que alguien siguiese utilizándolo como soporte académico.

—Es una de mis pequeñas excentricidades, y que sepa soy el único que lo hace. De hecho tengo la única unidad de impresión activa del demiurgo. Si quieres luego te la enseño. Y dime: ¿no te resulta familiar lo que lees en ese... papel?

—Es un trabajo que escribí hace un par de años.

Miré a la mesa del Padre, y comprendí que allí, esparcidos sobre su superficie, estaban varios de mis ensayos académicos.

—Trabajos muy notables. Más que notables para alguien de tu edad, y comparables en algunos aspectos con los de algunos progenitores experimentados.

—Me honras con tus palabras, Padre.

—Me han interesado sobre todo tus trabajos voluntarios, más que los obligatorios. No es difícil deducir de ellos que tu principal interés es la hermenéutica humana. Tratas en ellos todos los asuntos básicos, e incluso apuntas a algunas líneas de investigación ciertamente novedosas. El primero que llamó mi atención fue éste, sobre Teresa la Última. No deja de ser curioso el interés a tan temprana edad sobre un episodio tan antiguo, y tan difícil de entender en su contexto. Su mundo es por completo distinto del que conocemos.

—Radicalmente, Padre —admití—. Me costó mucho entender cómo vivía y pensaba esa gente.

—No pensaban tan distinto a nosotros, hijo. ¿Acaso ellos no amaban también a su progenie?

—Cierto. Ellos también amaban a sus hijos.

—¿Tanto como nosotros a los nuestros?

—Eso, Padre, ¿quién puede juzgarlo?

El Padre sonrió ampliamente, y respondió:

—Yo no, desde luego. Dime: ¿qué fue lo que despertó tu interés por Teresa la Última? Muchos la consideran poco más que un personaje del folclore popular, una anécdota y poco más.

—Es el último ser humano conocido que creyó en Dios, y por lo que se sabe el último que dejó constancia por escrito de su fe, y por tanto de la extinción de la fe.

—¿Has leído sus obras?

—Hasta la última palabra.

—¿Y qué opinión te merecen?

—Lo que dice es estremecedor —susurré—. La leí en su lengua original con algo de ayuda del demiurgo, y se me ponía la piel de gallina con cada párrafo.

Hubo otro momento de silencio mientras el Padre evaluaba mis palabras.

—Nadie duda de su calidad literaria, ni de la desesperación de su espíritu tan bien plasmada en esa prosa enloquecida. —Tomó otras páginas en la mano—. Éste es uno de los que más me han gustado entre tus ensayos. ¿Puedes imaginarte cuál es?

—¿El que trata sobre el progenitor Abson?

Miró las hojas de aquel frágil material, y sonrió.

—¿Lo consideras un progenitor? ¿Como nosotros?

—Yo...

—Era un progenitor, desde luego —se respondió él mismo—. Fueron los primeros en llamarse así, pero son progenitores anteriores al Gran Concilio Hermenéutico. —Hizo una pausa y dijo irónicamente—: Ni siquiera iban vestidos como nosotros.

—Lo importante es lo que has dicho, Padre: se llamaban a sí mismos progenitores, y asumieron el cuidado de la progeñe.

—No digo lo contrario, hijo. No digo lo contrario. Me ha gustado mucho cómo describes al progenitor Abson, y los paralelismos que trazas con Teresa la Última. No tenemos seguridad de que leyese las obras de Teresa, pero es muy probable que lo hiciera y que se viese profundamente influido por ella. —Leyó de las hojas que tenía en la mano—: “Por tanto podríamos decir que, si Teresa la Última fue la última persona que creyó en la divinidad y en su influencia en el mundo, el progenitor preconiliar Abson fue el último ser humano que creyó en el ser humano”. Brillante. Me extraña que nunca se le ocurriese a nadie expresarlo de esa manera. “El último ser humano que creyó en el ser humano”. Cuando leí su obra por primera vez... ya hace mucho tiempo, me estremecí al imaginármelo en su habitación postrado en el suelo, llorando cada noche, implorando el perdón de la raza humana.

En ese momento intuí que todo no era quizá sino una prueba, y que estaba allí para un propósito al que el Padre me guiaba poco a poco. Sentí que debía tomar la iniciativa.

—El régimen de los progenitores preconciliares —dije con voz clara— no creó el mundo que les tocó gobernar. Todo se había descontrolado mucho, mucho antes. —La mirada del Padre era intensa y fija en mí, casi como la de un animal al acecho. Esperaba que fuese yo el que diera el primer paso y citase aquello de lo que tan difícil nos era hablar a los novicios—. Cuando el primer régimen de los progenitores se instauró ya hacía tiempo que... que se había producido... la hamartia.

—¿Qué hubieses hecho tú en el Gran Concilio Hermenéutico?

La pregunta me pilló de improviso, y casi no alcancé a decir:

—¿Yo? ¿En el Gran Concilio? No... no entiendo la pregunta, Padre.

—¿Qué postura habrías adoptado en el Concilio tú, tú en concreto? —insistió—. ¿Habrías apoyado al progenitor Abson y a su facción, o te habrías unido a la que contra todo pronóstico se impuso al final?

—Esa facción fue la que reformó el sistema de los progenitores. Nosotros continuamos su legado.

—No pido que me recites un manual de historia. Te pregunto cuál habría sido tu postura en ese Concilio.

—Habría defendido a los reformadores contra el progenitor Abson —afirmé sin duda.

—Así pues, estás completamente seguro de la bondad de nuestro régimen.

—Sí.

—¿Y si el progenitor Abson hubiese salido victorioso? Las votaciones fueron muy reñidas durante varios años. Si se hubiesen implantado sus reformas y no las nuestras, ¿no estarías ahora diciendo con la misma convicción que su régimen era el mejor posible?

—Sin duda —respondí sin vacilar—. Pero no fue así. El progenitor Abson y los suyos se plegaron a los deseos de la nueva mayoría, y la sociedad se reformó según los acuerdos del Concilio. La progenie continuó, y nosotros seguiremos siendo para siempre sus progenitores.

—Bien —respondió el Padre, supuse que satisfecho con mis respuestas—. Y ahora dime: ¿amas a la progenie?

La pregunta, así de improviso, me dejó aturdido un momento. Tan indelicadeza, incluso dirigida a un progenitor tan inexperto como yo, estaba más allá incluso de lo que se podía considerar un insulto grave. Quizá por un momento mis ojos brillaron con furia y sorpresa, o se quedaron rígidos mis miembros, pero recordé con quién estaba hablando, y

respondí lo que sabía que tenía que decir, sin ningún énfasis o intensidad, sin ningún indicio que apuntase a algo que no fuera la simple y pura afirmación de una verdad para mí incontestable.

—Amo a la progenie, Padre.

El Padre se levantó, y yo no supe si hacer lo mismo, pues ignoraba el protocolo en ese caso. Decidí quedarme sentado mientras él se dirigía a los cristales polarizados desde los que se veía el extenso patio interior del Instituto de la Humanidad, en el que jugaban despreocupadamente algunos miembros de la progenie.

—¿Sabes qué ciudad existía aquí, antes de la hamartia?

—Sí, Padre. He visto las imágenes de sus calles, de sus edificios, y de la gente que vivía aquí.

—La gente que vivía aquí —repitió en voz baja—. Nuestros antepasados y los de la progenie. Cuesta pensar que podríamos caminar por sus calles ellos y nosotros, y que nadie se daría cuenta en realidad de lo distintos que somos.

—La hamartia lo cambió todo —declaré empezándome a acostumbrar a esa palabra que, como futuro académico, debía utilizar sin pudor alguno. En ese momento yo ignoraba cuál iba a ser mi futuro, y que yo mismo sería el último paso de la hamartia, y por tanto también su culminación, y su fin.

El Padre se giró y volvió a mirarme.

—Según el demiurgo, a no ser que acontezca un accidente fatal, todavía me quedan muchos años por vivir. Aun así no me gusta perder el tiempo, así que he decidido prescindir del plan que había diseñado para ti este año, ahora que te he conocido en persona. Podría llamarte de vez en cuando, y preguntarte por tus progresos, esperando que me solicitases que fuera tu mentor, pero no lo voy a hacer.

—Yo... pensaba que era excepcional que el Padre en persona tomase las labores de mentor de otro progenitor.

—No tan excepcional. La progenitora Abab, una de tus maestros, fue mi discípula.

—Lo sé.

—Entonces, ¿querrás serlo tú?

—No entiendo —dije intranquilo—. Debería ser yo quien lo pidiese.

—Formalmente, así será, pero ahora estamos tú y yo aquí, y soy yo el que te pide a ti que seas mi discípulo, y que yo pueda ser tu mentor.

—Por supuesto que sí, Padre —dije apabullado—. Será un gran honor.

El Padre se sentó a la mesa de nuevo, me contempló a mí un momento y luego a los escritos que tenía sobre ella, y dijo:

—El honor será mío, hijo.

Después de tanto tiempo, tan cansado, sabiendo que hoy voy a morir, comprendo su premura. Muchos fueron los años que aprendí a su lado, sin sospechar todo lo que ya se había puesto en movimiento antes de mi nacimiento. Incontables fueron las veces que nos reunimos y hablamos, desarrollando nuestra nueva hermenéutica humana. Él, y otros antes que él, establecieron las bases, pero yo, y mis futuros discípulos, fuimos los que la desarrollamos por completo, preparando el día que hoy llega.

Y durante muchos años, antes de conocer yo quien yo era realmente, y el sentido de esa primera entrevista, él de repente me preguntaba:

—¿Amas a la progenie, hijo?

—Amo a la progenie, Padre —respondía siempre sin vacilar.

Por eso, porque amo a la progenie, acepté lo que otros dispusieron para mí, lideré el Segundo Gran Concilio Hermenéutico y, ahora que voy a morir, daré por terminada definitivamente la hamartia. Esto que ahora hago, escribir a mano mis últimas palabras que narran brevemente lo que fue mi vida en un idioma hace ya tiempo olvidado y que no existía ni cuando empezó la misma hamartia, es el último capricho de un anciano feliz porque va a terminar el proyecto no sólo de su vida, sino la de todos aquéllos que lo precedieron.

Tampoco hay ya nadie que me pregunte si amo a la progenie. Nadie volvió a hacerlo desde que a mitad del Segundo Concilio Hermenéutico falleció el Padre dejándome el peso de defender las tesis de nuestra facción en interminables y agotadores debates. Quizá ahora comprendo por qué me lo preguntaba; para que nunca, ni siquiera por un momento, diésemos por seguro nuestro amor por ellos. Después de faltar él, obviamente a nadie se le pasó por la imaginación preguntarme tal cosa, y por supuesto menos todavía cuando fui elegido como Padre.

Ahora no sólo sé que amo a la progenie, sino que sé que soy el único que ama a la progenie. Y de todos los que la han amado, soy el que más intensamente lo ha hecho. Y por eso lo escribo de puño y letra sobre éstas que son las últimas hojas de papel que hayan existido, las únicas que existen pues todos y cada uno de los libros y documentos que se guardaban en las paleobibliotecas los vi arder en una inmensa pira que encendimos en medio de una de las zonas desérticas del mundo, que los avatares del demiurgo alimentaron durante semanas, y que contemplé hora tras hora pues no quería perderme la dicha de ver cómo desaparecía convertido en humo el pasado de la humanidad. Ya antes había asistido a la demolición de los centros históricos de las ciudades que aún se conservaban, y cómo se reducía a polvo toda obra de arte, polvo que luego fue

entregado al fondo del mar. Todo quedó reducido a información contenida en las profundidades del demiurgo, hasta ayer. Pensé en cómo hacerlo, si dar una orden directa con voz firme y autoritaria, o simplemente pulsar un botón que desencadenase el proceso. Al final, decidí hacerlo de la forma más sencilla, y cuando ayer el demiurgo detectó que me quedaba dormido, como si aprovecharse la oportunidad para empezar el proceso, ejecutó la orden por mí programada, y borró el conjunto de los conocimientos de la humanidad, que ahora sólo habitarán en mi memoria lo que queda del día, pues con él moriré, y ya nada será nunca más.

Al poco de despertarme hoy me dirigí al demiurgo en la lengua que ha permanecido inmutable durante generaciones y generaciones de progenitores. El demiurgo me respondió en uno de los dialectos locales, todos ellos ágrafos, de la progenie, para decirme que no entendía lo que yo le decía. Le hablé en varias lenguas antiguas, también en ésta en la que ahora escribo, y no me entendió ninguna de las veces. Sólo lo hice cuando le hablé en una de las lenguas de la progenie, a las que se verá limitado a partir de ahora ya que desde mañana no volverá a hablar con nadie más.

El último ser humano, el último ser humano que habla una lengua humana, aunque no hay diferencia alguna entre nosotros y la progenie, y es una delicia oírlos hablar en sus voces melodiosas, escuchar la variedad de sus dialectos y verlos evolucionar con el tiempo. Los amo tanto...

Por lo que sé, soy el último ser humano, por lo menos tal como se ha entendido hasta ahora. La progenie es humana también, pues es la progenie de la humanidad, y nunca ellos y nosotros hemos dejado de ser lo mismo. Sin embargo, de vez en cuando, pienso en los otros, los que se fueron; los que, mejor dicho, intentaron irse. A veces hablaba de ellos con el Padre Venan, aunque poco era lo que había que decir. Una noche, en un receso de las interminables sesiones del Segundo Concilio, los dos nos encontrábamos tomando un refrigerio en una terraza, y para relajarnos reconocíamos constelaciones, y localizábamos planetas en el cielo.

—Júpiter —dijo el Padre señalándolo—. Dime, hijo: ¿a veces piensas en ellos?

—No suelo hacerlo —contesté—. Están muertos.

—Eso no lo sabemos.

—¿Recuerdas la antigua costumbre de lanzar un mensaje en una botella? Podía uno fantasear con que alguien la pudiese haber encontrado, pero lo normal era que se perdiera o rompiera. Lo que hicieron los primogénitos fue algo infinitamente más azaroso.

—Probablemente nunca sepamos lo que fue de ellos —dijo el Padre apoyándose en la barandilla—. En cierto modo, serían, no sé, ¿nuestros

primos? En tanto tiempo los quinientos primogénitos que saltaron desde Júpiter se habrían multiplicado. Si encontraron un planeta fértil quizá hayan creado una sociedad.

—No creo que me gustase vivir en un sociedad de primogénitos —respondí mientras me arrebujaba en mi toga, pues empezaba a hacer frío—. Todo en ellos fue desmesurado.

—Cierto. Lo hicieron todo, lo descubrieron todo, y no dejaron nada para las generaciones venideras. Lo querían todo y lo querían al momento.

—Fueron consumidos por su hibris —dije sin asomo de afecto por aquellos antiguos antepasados—, y cuando su reinado se colapsó lo dejaron todo en desorden, y arruinado.

—¿Qué somos nosotros, sino los sucesores de los primogénitos, hijo?

—Tanto como los alemanes eran los descendientes de los antiguos germanos, o los aborígenes australianos del homo habilis.

—No exageres.

—Sabes a qué me refiero. De todos modos, Padre, no me importa si hay o no una raza descendiente de los primogénitos allá fuera. Murieron todos en el salto, y quedaron reducidos a pura energía que al disiparse se confundió con la misma que provocó el salto. Si están en el espacio, es en forma de radiación. El demiurgo sigue sin haber resuelto las ecuaciones que se suponía que hacían posible lo que ellos pretendían.

—Por eso lo llamaron el “salto de fe”. Por eso la despedida, antes de pulsar el botón, fue un simple adiós. Aparecieron a muchos años luz, o se desintegraron.

—Lo segundo —aseguré, ya cansado de hablar de los primogénitos—. Fueron víctimas del exceso que dominaba sus vidas y que los condujo a su desaparición. De ellos y de sus obras sólo queda el demiurgo.

—Debió ser todo un espectáculo —siguió él sin hacerme demasiado caso—. ¿Has visto las grabaciones? Fue como si se encendiese una estrella. Mucha gente se desplazó medio planeta para poder asistir a su partida.

—Eso fue hace mucho tiempo. Los primogénitos desaparecieron, y ya sólo nosotros nos acordamos de ellos.

—Sí, hijo, sólo nosotros nos acordamos de ellos. Sólo nosotros.

Ninguno lo dijo en ese momento, pero nos preguntamos quién se acordaría de nosotros.

Hace muchos años, después de estar largo tiempo ya solo sin más compañía que el demiurgo y la progenie, hice instalar en la luna un monolito con un sistema de codificación compatible con los medios de transmisión de información vigentes en el tiempo en el que los

primogénitos abandonaron la Tierra. Allí se explica lo que ocurrió desde que ellos partieron, e incluso añadimos las actas del primer y segundo concilio. Igual que ellos se despidieron de nosotros, yo en persona, como último representante de los progenitores, como sus parientes, me despedí de ellos ante la más mínima probabilidad de que puedan seguir vivos. Sé que están muertos, pero no me importa. Por muy remota que sea esa probabilidad de que sobreviviesen, y más remota aún la de que vuelvan, me sentí obligado a cumplir con mi deber. Cuando yo deje de existir el único recuerdo de la civilización humana no estará en el planeta que la vio nacer, sino en su satélite. Y allí permanecerá, inamovible, incluso cuando toda la vida sobre la Tierra se haya extinguido.

Como no podía ser de otra manera, pasé mi último día en compañía de la progenie. Asistí con ellos a la salida del sol, de pie apoyado en mi cayado, y por última vez acaricié sus mejillas que me ofrecían con los ojos llenos de inocencia, tanto los ya crecidos como los pequeños que apenas si habían empezado a andar. Los oí cantar por la mañana, mientras otros se dedicaban a sus juegos gimnásticos y los más pequeños permanecían bajo la estrecha mirada de los avatares del demiurgo, y de vez en cuando se acercaban para que posase la mano sobre sus cabezas.

Y hoy, como cada día, como si todavía siguiese vivo el que hace tanto nos dejó, oigo la pregunta:

—¿Amas a la progenie, hijo?

—Amo a la progenie, Padre. De todo corazón.

Los amo, mis ojos se humedecen al verlos, y como desde tiempos inmemorables los padres han sentido el pecho lleno de amor por sus hijos, yo siento el amor por la progenie. Sé que debo morir, sé que eso significa que nunca más volveré a verlos, pero sé también que todo está dispuesto para que yo ya no sea necesario, y que el demiurgo sólo espera mi última orden, las últimas tres palabras. Mi tiempo se acaba. El tiempo del ser humano toca a su fin, y con la misma serenidad que todo último miembro de una especie desapareció en el pasado, yo haré lo propio por la mía y me despediré del mundo. Pero no hoy. Ayer me despedí de los míos. Recité en voz alta mis poemas favoritos, releí los pasajes predilectos de Teresa la Última y los más intensos párrafos del progenitor Abson, cuyos argumentos reaparecieron en la segunda década del Segundo Gran Concilio Hermenéutico. Pero tenía que despedirme del ser humano, del que sólo yo soy el último representante. ¿De quién? ¿De los primogénitos, de los que se supone que soy el último descendiente, y a través de ellos de toda la humanidad? ¿De los seres humanos anteriores a la hamartia? ¿De los que se llamaron a sí mismos reyes y emperadores y permanecieron

en la memoria de sus pueblos con retratos y estatuas que ya no existen y sólo yo recuerdo?

—¿Amas a la progenie, hijo?

—Amo a la progenie. Sin medida.

El amor por la progenie, recuerdo, no es para nosotros los progenitores sólo el amor por éstos nuestros custodiados, los últimos representantes de la progenie, los últimos hijos del hombre, hijos de la humanidad y de la hamartia, de cuando el ser humano erró el tiro y se desvió del camino. Nadie fue culpable, nadie quiso que tal cosa ocurriera, nadie fue capaz de preverlo y cuando ya se había instalado el error ya nadie supo cómo abordarlo. Nosotros heredamos la sociedad de aquéllos que nos precedieron, los primeros progenitores, y ellos de los primogénitos y de la hbris, el exceso y el orgullo que había desencadenado la hamartia de la que ellos surgieron, el resultado de muchas de las esperanzas y anhelos del viejo ser humano.

Año tras año, y han sido incontables como las arenas de la playa o las estrellas del cielo, he comprendido más profundamente al progenitor Abson y sus plegarias todas las noches de rodillas en su cuarto, implorando perdón a la humanidad, pidiendo clemencia a una progenie que ya no tenía conciencia de pecado o de lo que es el perdón. Y en mí, y sólo en mí, recae la responsabilidad del plan trazado por el Padre Venan, y todos los Padres y Madres antes que él, que continuaron desarrollando las implicaciones finales del Primer Concilio. Me entregaron toda la responsabilidad, y yo la acepté, pero me entregaron también todo el poder. Si hubiese querido, podría haber puesto de nuevo todo en marcha, educar a una nueva generación de progenitores, y hacerla como yo hubiese querido, igual a aquélla de la que yo nací o una totalmente nueva. He tenido tiempo suficiente para pensarlo, y he llegado a la conclusión de que así está bien, la decisión ha sido la correcta y todo es como debe ser por el bien de nuestra amada progenie.

Ayer, antes de irme a dormir, sabiendo que al despertar él sólo viviría en mi memoria, me despedí definitivamente del ser humano. Contemplé imágenes de los que sufrieron, de los desesperados, de los aterrorizados por las enfermedades y el dolor, de los que no sabían si su estómago estaría tan vacío hoy como mañana, e igual que el día que les tocaría morir, de mujeres llorando entre ruinas humeantes, o sosteniendo a sus hijos moribundos. Las imágenes son espeluznantes y recordarlas me llena de oprobio y congoja: las de los niños que desde ellas nos miran como si se preguntaran si su vida, toda su existencia, no hubiese tenido más sentido que sufrir unos pocos años sin comprender la razón y el objetivo de todo

ese sufrimiento infinito que no ha conocido ninguna alegría con la que compensarlo, ni más consuelo que la muerte y el olvido que yo ahora les traigo definitivamente.

—¿Amas a la progenie, hijo?

—Amo a la progenie, Padre.

Amo a los que ahora me ven haciendo algo que para ellos es incomprendible, sentado a la sombra de este melocotonero, rellenando estas hojas en trazos sólo comprensibles para mí, y que supongo que abandonaré allá donde muera para que el demiurgo los recupere y recicle. Los amo a ellos, a mi dulce progenie, pero amo también a todos los que estuvieron antes que ellos y recibieron mi cuidado y mis caricias de progenitor, amo a mis hermanos que fueron el resto de los progenitores, a los anteriores que convocaron el Primer Concilio, amo al más duradero y trágico producto de la hamartia, los orgullosos primogénitos devorados por su propia hibris, y a todos los seres humanos que hubo antes que ellos, a aquéllos que dejaron su huella en los libros y en la memoria, y a aquéllos que nunca tuvieron oportunidad de hacerlo y sólo conocieron el sufrimiento y la ausencia de piedad de un universo que nos ignora.

Por último, reservándolo para el final, vi las fotografías y las filmaciones de Héctor. El suyo fue el último de los monumentos que ordené destruir, y después de dar la orden al demiurgo no asistí a su demolición allí donde había sido la ciudad natal del pequeño. Veo las imágenes del parto, y los orgullosos padres, tan jóvenes, con su descendencia, su primer nacido. Después más imágenes de un niño feliz, las primeras celebraciones de los cumpleaños, esa extraña tradición, y las de la festividad de fin de año que, entre otras cosas, celebraba a la infancia y su inocencia. Pocos años después desaparecen las imágenes del niño y son substituidas por las de los padres acosados, el juicio contra ellos dos y el debate mundial que, entonces no se sabía, se puede considerar el comienzo de la hamartia. Después del juicio vuelven a aparecer las imágenes de Héctor, acompañado por unos padres cada vez más viejos, siempre con su hijo que nunca llegó a saber o comprender lo que le habían hecho y lo que él mismo significaba. *Puer aeternus*, siempre perfecto, primero con ellos dos y luego a solas con su anciana madre después del fallecimiento del padre. Cuando ella también murió, su único testamento y petición consistió en unas pocas palabras: “Cuiden de Héctor”.

Después de enterarme del plan completo del Padre Venan y sus antecesores, y mi papel en él, cada vez más venía a mi mente la imagen legendaria de Héctor, con el que me identifiqué, a través de ese abismo del tiempo, como si fuera un querido hermano en el que se resume todo el

drama y la gloria de la hamartia que ahora se termina, pues ahora todo será reparado. Pensé en él cuando vi morir al Padre Venan, algo no por esperado menos doloroso, y luego cuando vi morir a muchos otros, a generaciones enteras de progenitores mientras pasaban, una tras otra, las de la amada progenie. De la última de los progenitores todos sus miembros se despidieron de mí sin haber conocido otro Padre que yo, y todos antes de morir recibieron mi bendición como yo la suya. *Beatus ille*.

Héctor. Digo su nombre en alto, pero de él sólo queda su imagen y su recuerdo en mi memoria. Cuando yo muera ese recuerdo se extinguirá conmigo, nadie quedará que lo conserve, e igual para todos, los que vivieron la gloria y los que probaron la desesperación de la vida, será como si nunca hubiesen existido. Ni él, ni los generales o conquistadores, ni los millones de miserables que sufrieron una vida sin sentido, ni los pintores, ni los poetas, ni los científicos, ni los padres que vieron morir desesperados a sus hijos, ni los que desencadenaron con sus deseos la hamartia, ni los primogénitos, ni tampoco los progenitores. Sólo quedará la progenie, los hijos del hombre, asistiendo un día tras otro a la salida y a la puesta de sol, al cuidado por siempre, mientras el mundo sea mundo y pueda sustentar la vida, del solícito demiurgo y sus avatares, que hace muchas generaciones no ha recibido ninguna instrucción por mi parte, y que podrá solucionar cualquier posible eventualidad.

Ayer, por última vez, volví a hablar en mi interior, íntimamente, con el progenitor Abson, y como tantas veces lo imaginé en medio de su habitación, postrado ante la humanidad que creía que habían traicionado, implorando un perdón a algo que ya había muerto y que en todo caso en sus descendientes era indiferente a sus súplicas. A través del tiempo, en nombre de la humanidad, como su último representante, le concedí la absolución de todos los que él pudiera creer que fueron sus pecados, suyos y de los que lo precedieron, y proclamé que esa absolución sería efectiva en el mismo momento de mi muerte. Absolví a la humanidad entera por sus acciones del pasado, ya que no habría ninguna más en el futuro, y como única condición impuse la extinción de mi vida, la última de un ser humano. Mi muerte será el último acto de caridad del ser humano consigo mismo, con ella todo quedará terminado y perdonado, y no habrá sino paz, rectitud, sosiego y belleza.

Cuando el Padre Venan me desveló por fin el objetivo último de mi ser, lo recuerdo como si fuese ahora, me sentí aterrado y conmovido, aunque desde el primer momento quedó claro que sólo era mía la elección de aceptar lo que se esperaba de mí, y si lo rechazaba otro ocuparía mi lugar. Ahora sonrío al pensar en mis dudas. Soy el primer ser

humano cuyas acciones no podrán ser juzgadas por nadie, y todos mis actos serán necesariamente justos y correctos. Me he librado del recuerdo de las generaciones pasadas que como una losa oprimían la existencia de los vivos. Me he liberado del nacimiento y la muerte, y he vencido en su nombre a todos los demonios que hostigaban a la humanidad. Ante mí, sólo se extiende la nada que mañana para mí comienza. Soy el primer ser humano absolutamente libre.

—¿Amas a la progenie, hijo?

—La amo, Padre. Amo a nuestra progenie.

Amo a la progenie. Amo a la progenie de manera que todo en mí es amor a la progenie y no ha habido para mí pensamiento ni acción que no se orientase a su cuidado y permanencia. La amo con la misma determinación, constancia e inevitabilidad que el demiurgo ha cumplido nuestra voluntad desde que lo crearon los primogénitos.

Quizá, pienso, lo único que une a toda la experiencia humana sea el amor por su progenie, el deseo de que los propios hijos sean más fuertes, más hermosos y sabios que nosotros, y la necesidad que sentimos de evitarles todo mal y todo sufrimiento, y hacer de su infinita alegría y felicidad nuestro modesto gozo. “Cuiden de Héctor.” Todo ese deseo explica los muchos avances y errores de la hamartia, desde su lejano comienzo hasta ahora que termina.

El sol se pone, y la progenie, escoltada por el demiurgo, se reúne para contemplar cómo se acuesta antes de hacerlo ellos para soñar que la vida es un sueño, y que al día siguiente habrá un nuevo despertar tan hermoso como el anterior en lo que para ellos, generación tras generación, será una interminable edad de oro al cuidado de bondadosos dioses. Yo no lo veré, pues por fin despertaré de la pesadilla de la vida que ha sido para todos, yo el último, abrir los ojos cada mañana. Sustentado por mi cayado, sintiendo que la vida se me escapa, les doy la espalda, me alejo de la progenie a la que no volveré a ver y emprendo mi último camino, feliz, exultante como el día que abandoné mi casa para convertirme en progenitor.

—¿Amas a la progenie, hijo?

—Sí, Padre. Amo a la progenie.

Yo, el último humano, el último pues soy el último en ser consciente de que lo es y de las obras del ser humano que nos condujeron hasta aquí, amo a los hijos de los hombres, nuestra progenie. En las antiguas mitologías, en las antiguas religiones, era habitual que los dioses creasen el mundo y a los humanos como un puro acto de amor y generosidad. Tarde, descubrimos que no había amor ni generosidad algunos en el

universo más allá de lo que pudiésemos concedernos a nosotros mismos. Tarde, descubrimos que en el fondo tampoco sentíamos generosidad ni amor siquiera por nosotros mismos y nuestra progenie. Por eso desde esta cueva que he elegido para que sea el lugar de mi muerte, que ya veo tan cerca, escribo estas últimas líneas acompañado únicamente por una pequeña esfera de vigilancia del demiurgo que además me da la luz que necesito, y que espera a mi fallecimiento para dar la señal de que se disponga de mis restos y de estos papeles cuya costumbre de garabatear adquiriré del Padre Venan.

Cuando la sienta llegar, me tenderá sobre esa losa, cerraré los ojos y se hará justicia, pues sólo la que es eterna y definitiva se merece ese nombre. Antes, como último capricho, me permitiré apoyar la mano en la pared, donde se conserva el último vestigio de nuestro paso por el mundo, la huella de una mano humana impresa hace incontables miles de años, preservada a lo largo del tiempo, el legado de un lejano antepasado humano que no tenía otro modo de dejar a la posteridad su mensaje: “Yo estuve aquí”. Todo lo que hemos hecho se resume en ello, desde la música que nunca volverá a sonar hasta los logros de los más eminentes científicos. Todo decía “Yo estuve aquí”. Posaré mi mano donde estuvo la suya, porque yo también estuve aquí. Cuando yo desaparezca el demiurgo borrará también esa impresión milenaria en la pared, e incluso mi recuerdo, de todos sus bancos de memoria. Estuvimos aquí, pero sólo quedará el olvido de lo que fuimos, y con él quedarán absueltos todos nuestros errores y nuestro infinito egoísmo.

Sólo quedará el legado del ser humano, nuestra progenie, a la que cuidar y proteger a toda costa. Incluso si, para ello, teníamos que desaparecer nosotros, sus progenitores, para que nunca jamás se pueda llegar a plantear el debate que condujo al Primer Concilio Hermenéutico. El demiurgo no hará sino continuar mecánicamente nuestra tarea con total eficiencia, siglo tras siglo, milenio tras milenio, era tras era, mientras el mundo sea mundo y haya recursos para mantenerlos. No hay nada que no hiciera un padre por ver felices a sus hijos, ni sacrificio demasiado grande.

Termino ya. Sólo tengo que dar la última instrucción al demiurgo, que pondrá todo en marcha y ejecutará las últimas órdenes. Cerraré los ojos y le diré sólo tres palabras: “Cuida de Héctor”.

La losa me espera, y sé que ella y la tierra a la que regreso serán para mí livianas, despojadas del peso de todas las generaciones pasadas que conmigo se acaban. Es hora de descansar, y siento que el momento se acerca. Me tenderé sobre la losa, vestido con mis ropas de progenitor, y recordaré su último saludo cuando caminando trabajosamente con mi

cayado al subir la colina, el rostro cubierto de lágrimas, alcancé la cima para contemplarlos por última vez desde allí, iluminados, apartados de todo mal, y ellos me vieron desde abajo, mi figura incendiada por el disco solar que por última vez para mí se oculta. Alcé mi cayado como última despedida y ellos, como tantas otras veces al verme, corearon a gritos mi nombre:

— Elohim! Elohim! Elohim!

Comentario de la obra

La primera intuición, inspiración o como uno quiera llamarlo de este relato fue pensar en distintas utopías y distopías que he leído, y de cómo algunas, por así decirlo, adolecen de cierto grado de maniqueísmo. Todo es demasiado bueno, o demasiado malo, y muchas veces se echa mano del recurso que utilizó Huxley en *Un mundo feliz*: poner a un ser humano que representa nuestro presente, o al mismo narrador, tomando una visión crítica o escandalizada de esa sociedad extraña. El mismo Huxley, consciente de ello, se replicó a sí mismo no sólo en un ensayo, sino en una nueva novela, muy desconocida, titulada *La isla*.

Por tanto esas narraciones suelen *etic*, no *emic*. ¿Y si nos contara la utopía/distopía alguien desde ella, y creyendo firmemente en lo que dice? No sólo eso, sino que, jugando desde un punto de vista un tanto sibilino, literariamente perverso, se podría defender, pero sin hacerlo, una postura puramente relativista de una sociedad futura que, además, sería injuzgable según nuestros parámetros morales e históricos. O dicho de otra manera, quizá la gente eligió vivir en algo que a nosotros nos parecería una distopía, o se encuentra en ella simplemente como todos nos encontramos en el periodo histórico que nos ha tocado vivir, sin responsabilidad alguna de la circunstancia que nos ha sido dada. ¿Qué pensaría un habitante del siglo XV de nuestro mundo? Quizá se quedaría fascinado por tener agua caliente y otras cosas que nosotros damos por básicas, pero que ni disfrutaban los reyes de su época, o quizá se sentiría entre bárbaros con costumbres extrañas, una moralidad escandalosa y trabajos de locos totalmente incomprensibles.

La verdad es que echo mano de varios trucos, pero espero que no se juzguen demasiado sucios. La narración de Elohim es en primera persona, y eso no implica sólo que hable en primera persona y subjetivamente, sino que además está escribiendo para sí mismo, de modo que no se explica a sí mismo cosas que para él no necesitan explicación alguna, y aprovecho también para ocultar información y para dejar otra que sólo se vislumbra. Por poner un ejemplo sabemos que Elohim y los progenitores son calvos y cómo visten, pero no sabemos de qué raza son, ni nada más. Elohim sabe cómo se producen las distintas generaciones de la proge y de los progenitores, pero como ya lo sabe y sólo él podría leer lo que ha escrito, en ningún momento lo dice. De hecho, es irrelevante para el relato. ¿Se crean *in vitro*, o sigue existiendo la reproducción sexual? Cada uno que piense lo que quiera, yo sólo dejo claro que entre progenitores y proge siguen existiendo los dos sexos.

Supongo que no queda ninguna duda, desde el principio, que el demiurgo al que se refiere Elohim no es sino una potentísima inteligencia artificial que controla todas las infraestructuras del planeta, y que sus "avatares" son todos sus periféricos, en especial los de forma humana, distinguibles de los humanos sólo por su túnica roja. Que el demiurgo fuese llamado así por los primogénitos no tiene ninguna connotación platónica o gnóstica. Supongo que así querían resumir que era el total de toda la tecnología y artefactos del ser humano, el compendio de todos sus logros tecnológicos para facilitar las condiciones de vida de la humanidad.

La línea temporal, creo, es fácilmente deducible respecto a lo que va contando Elohim. En un futuro no muy lejano para nosotros, en el que se siguen celebrando los cumpleaños y la Navidad, se produce un fenómeno que posteriormente se conocería como la hamartia, palabra griega que significa "error trágico", por "errar el tiro, salirse del camino" debido a la propia ignorancia. El comienzo simbólico de la hamartia es el caso de Héctor, un niño modificado genéticamente para ser eternamente un niño, *puer aeternus*, mientras sus padres envejecían y morían. Los padres, nos cuenta Elohim, fueron juzgados cuando se supo, y se supone que generó un intenso debate ético sobre el uso de las mejoras genéticas y sobre la eugenesia activa y pasiva, pero no nos cuenta el resultado de ese juicio. La hamartia, por lo que creo que dejo entrever, conduce con el tiempo a la creación de un tipo de seres humanos, no se sabe si toda la población o parte de ella, llamada los primogénitos, se supone que superhombres como mínimo intelectualmente, y que incluso llegarán a hacer una misión de salto hiperespacial, que también se deja en el aire si tiene éxito o no, aunque el protagonista dice tener seguro que todos murieron víctimas de su propia hibris. Elohim sólo da una indicación respecto a los primogénitos, y es que no le gustaría vivir en un mundo gobernado por los que fueron sus antepasados con los que nos siente ninguna identificación.

Elohim dice estar seguro que murieron y se recalca que fue una misión casi sin esperanza de que saliese bien, y que las ecuaciones que utilizaron no se ha podido determinar todavía si eran correctas o no. Yo podría utilizar mi autoridad de autor y decir si creo que funcionó o no, pero en cierto modo es irrelevante: me sirve para definir un poco a través de la opinión de Elohim lo que fue esa etapa de la humanidad "donde se hizo todo y se descubrió todo sin dejar nada para las generaciones futuras", y para presentar el compromiso de Elohim, que a pesar de que dice estar seguro de que murieron se siente obligado a despedirse de esa hipotética

rama perdida de la humanidad. Que los primogénitos y la sociedad que hayan podido crear por ahí puedan volver o no, no depende de Elohim, así que en cierto modo a él no le importa, y como mucho, ante la remotísima probabilidad de que un día pudieran volver, les da una explicación de por qué se encuentran lo que se van a encontrar, quién sabe si en la esperanza de que respeten su decisión y dejen en paz a la progenie.

Ese mundo de primogénitos, del que poco se dice, evoluciona a uno donde aparece un primitivo estado similar al que ha conocido Elohim, el de los primeros progenitores, lo que implica una progenie. Lo del monolito en la luna es obviamente un pequeño guiño a los lectores de ciencia ficción, que verán cierta semejanza con el monolito de *2001*, aunque en este caso es el ser humano el que lo coloca, y no para advertir del nacimiento de la humanidad, sino de su extinción. Cuando se quemaron todos los documentos escritos pensé en meter también una referencia a *Fahrenheit 451*, pero no se me ocurrió mejor cosa que poner forzosamente el número a alguna orden o ley, y preferí dejarlo. Lo de que al final de la tarde Elohim escriba a la sombra de un melocotonero lo añadí también después, ya que en la temporada en el que el relato fue escrito en mi tuitter se estaban haciendo bromas sobre el guruísmo psicomágico, en las que se suele citar un místico melocotonero.

La relación entre la progenie y los progenitores tampoco se deja clara. Elohim da a entender que la progenie, en cierto modo, es tan antigua como la hamartia, ya que ésta empieza con Héctor, el protoprogenie, un ser humano cuyo único objeto en la vida es ser un niño despreocupado y feliz para dar alegría a sus padres. Lo mire uno como lo mire, moralmente es un acto egoísta: crear a un niño perfecto, adorable, sin dejarlo ser plenamente un ser humano y sin ser capaz de autonomía. Sin embargo queda claro que en la progenie que conoce Elohim hay niños y niñas, y adultos, aunque tampoco se especifica si hay viejos. Cuando por primera vez acaricia a un miembro de la progenie siendo ya progenitor no especifica la edad que tiene, ni si es varón o mujer, sólo que es algo más alto que el progenitor del que recibe la caricia. Elohim deja claro también que tanto la progenie como los progenitores son humanos, hijos del hombre, e incluso que son una y la misma cosa, y que cuando se titula a sí mismo como el último ser humano del mundo es porque es el último que tiene conciencia de serlo y de cómo han llegado a donde están. Como ya dije, tampoco se explica cómo se reproducen, ni qué relación cruzada podrían tener entre ellos. En cierto modo podría recordar un poco la relación que tenían los eloi y los morlocks de Wells, sólo que ha salido bien: una parte

de la humanidad cuidando de otra en una especie de extraña dependencia y simbiosis emocional.

Que la progenie pueda otra cosa... digamos que soy premeditadamente ambiguo, aunque también Elohim lo dice claramente: "aunque no hay diferencia alguna entre nosotros y la progenie". De hecho es lógico: para que se puedan llamar progenitores y progenie, tienen que ser lo mismo. Por un lado el Padre y Elohim dicen que podrían caminar perfectamente por una de nuestras ciudades y nadie se daría cuenta de que son otra cosa que humanos, pero que en otros aspectos son completamente diferentes. En otro momento Elohim también parece dar a entender ellos y la progenie son lo mismo, sólo los separa su distinta educación. Por otro lado, considera humanos tanto a los progenitores como a la progenie ya que son descendientes del hombre, unos y otros, aunque también insiste en una dimensión simbólica: él es el último ser humano porque es el último en tener conciencia de ser humano y es el último que sabe qué es lo que ha originado tanto a él, el último progenitor, como a la progenie. El ser humano es un ser histórico que se basa en su propia conciencia de ser humano y en su conocimiento de su paso por el mundo. Si los seres humanos que quedan, aunque descendientes del hombre y de su historia, no son conscientes de su propio ser y de su origen, mítico o científico, son prácticamente otra cosa, o bien reducidos a un aspecto casi de existencia animal, o visto de otra manera en una beatitud casi angélica.

Durante el antiguo régimen de los progenitores se produce el Gran Concilio Hermenéutico liderado por el progenitor Abson, cuya tesis es dejar extinguirse a la progenie. Originalmente, la primera intuición del relato se centraba en esa imagen, la de una sociedad futura que reconoce los errores, la hamartia del pasado, y pide perdón por ellos, aunque no sabe cómo repararlos. El primer protagonista de este relato era por tanto el progenitor Abson, y los primeros progenitores, que eran los únicos que entendían la enormidad de lo que había ocurrido y que cargaban con el peso de saber lo que había ocurrido para crear a esa sociedad de seres tan puros e inocentes como idiotizados, porque, sencillamente, sus padres lo habían querido así. Es una versión tecnológica y cienciaficcional del mito del Buda: el padre del príncipe Siddhartha aparta a su hijo de todos los males del mundo y le evita todo sufrimiento. Por eso la progenie son "los felices" (*Beatus ille*: benditos ellos), y "los iluminados apartados de todo mal" (*budidad*). Los progenitores se saludan diciendo "*Beatus ille*", y estuve a punto de titular así el relato. El argumento evolucionó dándole una vuelta de tuerca más al argumento: pensar en una generación posterior de esos progenitores que ya hubiese asumido esa sociedad

de custodios y custodiados, y que en cierto modo con su propia extinción purgan el pecado de haber creado a la progenie de forma tan egoísta, aunque ni ellos ni esos últimos progenitores son culpables directamente de las decisiones que tomó la humanidad en el pasado.

Tal como cuenta Elohim con sus recuerdos, la tesis de Abson no sólo es derrotada, sino que queda reforzada la misión de proteger y hacer continuar a la progenie “mientras dure el mundo”. Elohim es consciente de que, de haber triunfado la extinción de la progenie, la defendería con la misma intensidad que ahora la ama y busca su continuidad, pero como bien dice, ocurrió lo contrario, no eso. Sobre la relación casi morbosa que existe entre la progenie y los progenitores, se podría argumentar si es mínimamente creíble que parte de los primogénitos, o quizá la humanidad que podría no englobarse en ese término, convirtiese a sus hijos en una especie de seres despreocupados y felices, que viven en una especie de eterna excursión en el campo, asistiendo a la salida y a la puesta de sol, cuidados continuamente por el demiurgo y sin más propósito en la vida que conmover la visión de los progenitores y hacerles sentir un amor infinito. Pues sí, pero si alguna gracia tiene el relato, es ésa. Es el amor de los padres por los hijos pero desprovisto de las consecuencias del futuro. Todo padre actual querría proteger a sus hijos por siempre, evitarles todo mal y librarlos de todas las penalidades de la existencia, pero el principio de la realidad se impone y sabe que deben madurar, sufrir como todo ser humano y enfrentarse con la vida. ¿Pero y si, como quería Suddhodana, el padre del príncipe Siddartha, se pudiese hacer que viviesen en esa beatitud, en una eterna infancia feliz, analfabetos, desconocedores de toda miseria del pasado sobre las que ellos viven holgadamente y sin conciencia de progreso o futuro, reducidos a la simple y sencilla vida animal, como en la República de Platón o en unos ideales Campos Elíseos? Elohim dirá: “He triunfado sobre el nacimiento y la muerte, y vencido a todos los demonios que hostigan al ser humano”, una frase del Buda, y también parafraseará a Marx: “La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”. Por eso Elohim acepta el destino que los progenitores han elegido para él, ser el último de su propia especie y culminar con un segundo concilio lo que implícitamente quedó inconcluso en el primero: la extinción no de la progenie, sino de los mismos progenitores cuando sus funciones se demuestran completamente innecesarias con la automatización completa y perfecta de éstas para que puedan ser asumidas por el demiurgo. De ese modo ni siquiera se podría volver a abrir el debate y la progenie continuará indefinidamente. Elohim representa el fin de la

historia y el fin del ser humano al haber borrado por completo su paso por el planeta: nada del pasado puede juzgarlo, y después de él nada ni nadie quedará que pueda hacerlo, sólo la progenie que es totalmente inconsciente. Por tanto, como muy bien dice, es el primer ser humano realmente libre que existe, irresponsable ante un universo del que el ser humano surgió por azar, y que lo ignora.

Respecto a la progresión temporal, Elohim es ambiguo: dice ser el ser humano más longevo que ha existido, y que ha vivido varias veces la vida de su maestro, que a su vez fue extraordinariamente longevo. Pero de ello no podemos deducir si ha vivido quinientos o cinco mil años. Tampoco se puede deducir cuánto tiempo pasa desde el principio de la hamartia hasta la aparición de los primogénitos y la Sonda Omega que partió de Júpiter, cuánto transcurre hasta el primer régimen de los progenitores, o cuánto lleva instaurado el reformado en el que vive Elohim. Sólo queda claro que los concilios duraron décadas cada uno, lo que demuestra que los progenitores se toman las cosas con calma y que tiempo parece que les sobra. Sobre la longevidad de la progenie no se dice nada, ni si envejecen o no, o cómo mueren, sino que simplemente las distintas generaciones se van sucediendo. Tuve algunas ideas sobre ello, pero las fui descartando, y creo que queda mejor así. Elohim también da una pequeña pista ya que compara el mundo que va a dejar con la Edad de Oro en la que según los griegos, como Hesíodo, consideran que vivió la humanidad, en la que los seres humanos eran siempre jóvenes, no existía el sufrimiento y la muerte llegaba dulcemente durante el sueño. Según el mismo pensamiento clásico, o el de religiones como el hinduismo, la edad de oro primitiva regresaría en algún momento a la humanidad.

Tuve un pequeño problema algo tonto al principio, al pensar cómo evitar decir el nombre del protagonista hasta el último momento. Claro que luego me di cuenta de que, ya que como mucho iba a hablar con el equivalente al Papa, y éste se iba a llamar el Padre, se podría dirigir siempre a él como "hijo", y asunto arreglado. El nombre de Elohim, desde luego, está elegido a mala leche, el plural mayestático de Dios utilizado en el Antiguo Testamento. Tal como explica Elohim, la sociedad a la que él pertenece, igual que las que la precedieron, son ateas, y reconocen que no hay nadie cuidando por el ser humano y que no recibirán más protección y consuelo que de ellos mismos. Pero Elohim, al desaparecer del mundo, al hacer el último sacrificio de extinguir a los progenitores y dejar a la progenie al cuidado del eficiente demiurgo, devuelve a lo que queda de humanidad a un estado similar al del Paraíso Terrenal, al menos en una versión limitada en el tiempo "mientras el mundo sea

mundo”, implicando en cierto modo mientras la Tierra sea capaz de albergar vida.

El título reconozco que no me termina de convencer. Una de las opciones es *Beatus ille*, pero aparte de que dudo de que mucha gente lo entienda ya hay una novela de Muñoz Molina con ese título. También, cuando se me ocurrió lo de que el personaje se llamase Elohim ése podía ser el nombre, pero inmediatamente me di cuenta de que obviamente no lo podía utilizar como título si quería reservar la sorpresa final, que tampoco es que sea demasiado importante pero da un toque final creo que apropiado, con la progenie alabando al último representante de la raza humana, aunque ellos ni siquiera saben que su bienestar es el fruto tanto de sus trabajos como de toda la historia del ser humano. Nuevamente la opción era titularla con una frase que se dijera en la misma obra, y me gustó lo de *Ellos gritaron mi nombre*, que es como si la misma progenie saludase a su padre alabándolo, lo que da un toque ligeramente bíblico. No es que me entusiasme el título, pero creo que vale y tiene un punto enigmático, tanto para el que se acerque a la obra sin tener ni idea de lo que va, como para el que la lee, que no lo verá repetido sino al final.

Por último, como dato anecdótico, el relato fue escrito del 21 al 27 de septiembre de 2011, en un cuaderno de hojas malísimas comprado en un chino. La razón por la que lo escribí a mano es complicada de explicar, pero dejémoslo en que no escribí ni una palabra en casa, sino en el trabajo apoyado en un mueble, y luego también en el AVE Madrid-Valencia, primero en la ida y luego en la vuelta. Luego tuve que pasarlo a ordenador, y menudo coñazo. *Nunca mais*.

Ha sido casualidad, pues se supone que la narración de Elohim es también hológrafa. Pero Elohim no ha escrito en español, pues me curo en salud cuando especifica que la lengua en la que escribe apareció después de la hamartia, es decir, una lengua que todavía no existe.

Después de que los primeros lectores me hiciesen un par de críticas sólo puedo recordar que efectivamente uno puede especular sobre lo que lee, pero como se suele decir todo tiene un límite. Efectivamente, el demiurgo puede terminar volviéndose loco como HAL, como los cylon o como Skynet, pero sencillamente es que eso no está en el relato, y Elohim, y el mismo demiurgo, tienen muy claro que sólo es eso, una máquina sin voluntad, y que tiene tan poca iniciativa como un martillo. Que en la literatura de ciencia ficción existan inteligencias artificiales idas de la olla no quiere decir que todas tengan que serlo. Claro que cualquiera puede decir que llega Buck Rogers desde una realidad alternativa y pone a la progenie a estudiar y a construir carreteras, pero eso es que sencillamente no

está en el relato. Todo el mundo tiene derecho a especular, pero en cierto modo Elohim, y yo, establecemos que el demiurgo es así de forma axiomática dentro del relato.

¿Que la progenie *motu proprio* va a querer saber más y reconstruir alguna forma de civilización? No entra dentro de lo imposible, pero no hay razón para que ocurra. El demiurgo no los puede ayudar, y después de la muerte de Elohim la misma IA ignora su origen y no sabe nada del pasado humano. Es atractiva la idea del filósofo autodidacto de Abetofail, pero la humanidad no creó la civilización y salió del Paleolítico por curiosidad, sino por necesidad. Las matemáticas, la escritura y la astronomía se desarrollaron en las grandes culturas cerealísticas para predecir adecuadamente el clima, controlar las cosechas y luego contabilizar los impuestos y los excedentes, no por puro interés intelectual. Si te lo dan todo hecho, ¿qué necesidad hay de nada más? Que se lo digan a los ninis, o a los niños de papá o fresas. Es, efectivamente, la vida de los cerdos, como le criticaron a Platón en *La República*: existir para retozar y poco más. Además Elohim lo que hace al destruir la transmisión cultural de la que todos nosotros somos resultado es crear un vacío de conocimiento insalvable entre las condiciones de vida de la progenie y sus posibilidades de crear esas condiciones. Si el demiurgo se desconectase, y la progenie pudiese sobrevivir, volverían a lo bestia al Paleolítico, y sólo entonces muchos miles de años después podría volver a existir algo parecido a una civilización. Respecto a qué hará el demiurgo cuando las condiciones de vida del planeta hagan imposible la existencia de vida y el mantenimiento de la progenie... creo que Elohim no dice en ningún momento que la progenie vaya a durar para siempre.

Por último, la misma figura de los progenitores y de Elohim. Él mismo se identifica como descendiente de esos primogénitos, superhombres sobre los que he añadido después: “Lo hicieron todo, lo descubrieron todo, y no dejaron nada para las generaciones venideras”. Elohim y los progenitores no son una raza de científicos ni exploradores, sino que actúan y hablan como una casta sacerdotal. Elohim es un ser alterado genéticamente, como sus hermanos y como la misma progenie, y él mismo es un ser diseñado con un propósito específico, como lo fue Héctor, con el que se identifica íntimamente. Para que no quedase duda he añadido este párrafo:

“Amo a la progenie. Amo a la progenie de manera que todo en mí es amor a la progenie y no ha habido para mí pensamiento ni acción que no se orientase a su cuidado y permanencia. La amo con la misma

determinación, constancia e inevitabilidad que el demiurgo ha cumplido nuestros designios desde que lo crearon los primogénitos.”

La decisión de los progenitores y de su propia extinción obviamente no es la que nosotros daríamos a ese dilema, por la sencilla razón de que, como dice Elohim, ellos son fruto de una serie de hechos históricos sobre los que no tuvieron ninguna influencia ni responsabilidad, del mismo modo que nosotros no somos responsables del mundo que nos ha sido dado, aunque sí de cómo lo dejaremos cuando muramos. Efectivamente Elohim y sus antecesores toman una decisión que no compartimos porque ellos no son como nosotros, ni han ocurrido todavía todas las cosas que cambiarían por completo el mundo. Si lo queremos ver así, Elohim acepta con fatalismo el curso de la historia que lleva a la propia extinción, ya que, aunque acepta libremente el destino que se ha programado para él desde mucho antes de que él existiera, al hacerlo suyo lo convierte en su propio plan y se responsabiliza de él, totalmente determinado a hacer lo que debe hacer y paradójicamente completamente libre al romperse por siempre el mismo flujo de la historia.

Contacto e información legal

Registro en Safe Creative:
1110090258249

www.safecreative.org

Blog:
<http://larealidadestupefaciente.blogspot.com>

Correo:
het_novela@hotmail.com

Skype:
santiago.bergantinhos

Grupo en Facebook:
Buscar: Santiago Bergantinhos - Escritor (ES)

FormSpring:
<http://www.formspring.me/SuperSantiEgo>

Twitter:
<http://www.twitter.com/SuperSantiEgo>

Libros en papel

http://www.bailedelsol.org/titulos/titulos_detalle.php?IDLibro=126

<http://stores.lulu.com/store.php?fAcctID=685256>

<http://supersantiago.bubok.com/>

Del mismo autor

El Becratosinok (1989)
relato

El Pitufinok (1989)
Versión en idioma pitufo del relato El Becratosinok.
<http://www.feedbooks.com/userbook/4684>

La colmatación del vacío (1993)
Relato publicado originalmente en el fanzine Edda, en 1993.

Het - Primer capítulo (1995)
Novela eróticofilosófica o filosóficoerótica, según se mire.

A reviravoltas con a Sabeliña - Capítulo 1 (1997)
Primeira parte da novela *A reviravoltas coa Sabeliña*.

Ah, ben. Daquela nada (1999)
Minirrelato escrito para o fanzine dun amigo, que se llamaba Bulldog. (O fanzine, non o amigo.)

O home e a súa lágrima (1999)
Relato escrito en 1999

El Hombre y Su Lágrima (1999)
El famoso arquitecto Buroaga recuerda en su quinto aniversario de boda cómo conoció a su esposa.

Y él me espera (2006)
Relato de horror existencial o metafísico, como se le quiera llamar.

Éramos pocos y... (2007)
Relato parodia de las historias de ciencia ficción sobre invasiones extraterrestres, con múltiples referencias a otras obras literarias y cinematográficas

Seré Leyenda (2008)
Parodia y homenaje a la novela de Richard Matheson, *Soy leyenda*.

Cicatriz (2010)

Pues si lo explico lo estropeo.

Carminha Burana - Textos complementares (2011)

Textos complementares da novela *Carminha Burana*, editada por Urco Editora.

Advertencia: contén spoilers a mancheas.



www.feedbooks.com
Food for the mind